olvidar lo pasado y perdonar los errores. ¡Que de elogios no he prodigado al ejército! Debo confesarlo: soy demasiado sensible á la gloria de las armas, y discurro mal, asi que oigo redoblar el parche. Mas no veo ya las cosas desde el 20 de marzo como las veia antes de esa época. Me conformo en ser hombre de bien; pero en ser tenido por un simple, de ningun modo. Vergüenza me causaria el haber sido dos veces víctima de un mismo engaño.

¡Quereis ganar para el partido realista á los que han sido causa de vuestra perdicion! ¿Y de que medio podeis valeros en la actualidad para conseguirlo, que no lo hayais empleado ya anteriormente? Ellos ocupaban todos los destinos; ellos devoraban el tesoro; ellos estaban en posesion de todos los honores. Algunos regicidas cobraban mil escudos mensuales ¿por qué? Por haber hecho rodar la cabeza de Luis XVI. ¿Podreis ser mas liberal aun? Los Cien-dias han envenenado la herida: á las primitivas pasiones han añadido el oprobio de haber intentado infructuosamente una segunda traicion. Por este motivo la legitimidad se ha hecho mas y mas odiosa á ciertos hombres que no se darán por satisfechos hasta consumar su ruina. Vuelvo á repetirlo: el intentar, despues de los sucesos de 20 de marzo, ganar el afecto de los revolucionarios; el volver á poner en manos de los enemigos del rey todos los empleos, el proseguir con el sistema de fusion y de amalgama, el creer que la vanidad puede encadenarse por medio de favores, y las pasiones por medio de intereses; en una palabra, el volver á caer en todas las faltas que han motivado una leccion tan reciente, un escarmiento tan rudo, digámoslo sin rodeos, es confesar que el país se halla bajo el peso de un anatema del destino.

CAPITULO XXX.

DE LA PURIFICACION EN GENERAL.

Este asunto nos conduce á tratar de las purificaciones.

Antes de la apertura de las sesiones, habian pedido los colegios electorales la purificacion de las autoridades, y las cámaras volvieron á repetir la misma peticion. El ministerio respondió que no perderia de vista á sus delegados, y que por otra parte cargaba con la responsabilidad de los acontecimientos.

Empero ¿qué viene á ser esa responsabilidad de los ministros, no estando confeccionada la ley que debe determinar sus límites? Hasta el presente esa terrible responsabilidad que desde lejos parece un *buque de alto bordo*, no es mas, si se mira de cerca que, *una caña que flota por el agua*. El primer ministro, no lo dudamos estaria consagrado á la causa del trono, pero ¿pudo á pesar de eso prevenir la infidelidad de los subalternos? En muchos casos el ministro no puede ver mas que los empleados que están á sus inmediatas órdenes: su buena fe puede ser sorprendida. Si por ejemplo los departamentos están llenos de subalternos que calumnian á los amigos del rey ¿podrá el ministro obrar mas que en el sentido de lo que ellos le digan? ¿No le engañarán al tratarse de los verdaderos intereses de la patria? Al oir la palabra purificacion, todos gritan: Quereis renovar venganzas: pedís reacciones.

He dicho ya en otra ocasion que la justicia es una cosa muy distinta de la venganza, y que el olvido nada tiene que ver con la reaccion. Convengo en que á nadie debe perseguirse; pero tampoco se debe (y por el contrario es muy peligroso), confiar los cargos públicos á los enemigos del rey. ¿Por qué razon ciertos hombres gritan tanto al oir la palabra justicia? Porque conocen muy bien que toda la cuestion estriva en ese particular, y que una vez puesta en juego su accion tienen que renunciar á sus esperanzas todos los que las fundan en proyectos criminales. No creais que tanto interés les inspiren la Constitucion y la libertad, cuyos nombres están invocando sin cesar; lo que á ellos les interesa sobre todas las cosas es el mando. En su concepto la salvacion ó la pérdida del país no dependen mas que de la conservacion de sus respectivos destinos.

Cuando se veian acosados por la opinion pública se atrincheraban en la necesidad de una prudente contemporalizacion. Poco á poco, decian ellos, se irán haciendo las purificaciones convenientes; pero ahora no conviene desorganizar de una vez todos los ministerios y paralizar el gobierno.

Esta objeccion puede parecer razonable á un funcionario público; pero no tiene ningun peso para un hombre de Estado. ¿No vale mas en todo caso tener á su disposicion subalternos que carezcan de experiencia, que agentes con cuya fidelidad no se pueda contar?

Mas ejecutando todos esos cambios, grangeareis al gobierno una multitud de enemigos.

¿Y estos enemigos serán mas terribles cuando no ejercen ningun cargo administrativo que cuando están en la órbita de los funcionarios públicos? ¿La influencia de un hombre empleado por mediana que su posicion sea, no es mil veces mucho mas activa que cuando ese hombre se halla reducido á la condicion de la vida privada? Por otra parte no es posible, como ya lo hemos dicho, captarse la voluntad de semejantes hombres: las consideraciones que les dispensan no son á sus ojos mas que falsedades, porque saben muy bien que no pueden ser amados: el sistema de fusion que con ellos empleais les causa risa, porque conocen que con ese sistema caminan los amantes del trono á su ruina, y para probaros que no teneis capacidad para gobernar, y para justificar sus nuevas conspiraciones, os echarán en cara vuestra propia indulgencia y los mismos favores que les habeis dispensado.

Finalmente, supongamos que las autoridades no se abandonen á sus enemistades políticas ¿mas cómo se les podrá impedir que permanezcan fieles á inclinaciones que no por ser mas escusables sin duda dejan de ser tambien mas peligrosas? En el sistema de los gobiernos actuales las virtudes de un hombre son tan temibles como sus vicios. Es preciso que la autoridad para serviros sofoque los mas dulces sentimientos de la naturaleza; es preciso que arreste tal vez á su propio amigo, y acaso que persiga á su bienhechor: las instituciones colocan al gobernante entre sus inclinaciones y sus deberes: y de su ingratitud esperais conseguir vuestra seguridad.

CAPITULO XXXI.

LAS PURIFICACIONES PARCIALES SON UNA INJUSTICIA.

Sobre todo, supuesto que se ha abrazado el sistema de los intereses revolucionarios, es una cosa precisa el desechar el plan de las purificaciones. Mas una vez tomada una determinacion hay que seguirla francamente y sin rodeos: esto es lo que no se ha hecho; han tomado, si asi puede decirse, la peor senda en el peor camino, descendiendo al sistema de purificaciones parciales, y convirtiendo de este modo un insigne acto de justicia en una repugnante arbitrariedad.

Hay entre los hombres un espíritu de equidad que hace que nadie se queje de una medida general cuando se halla fundada en la razon y en los hechos; mas una medida particular, que no tiene visos mas que de capricho, repugna á todo el mundo y no contenta á nadie.

¿Cuál ha sido el resultado de las purificaciones particulares? Hombre hay que ha perdido su empleo, ó su sueldo por haber firmado una sola vez el acta adicional, en tanto que otro que la firmó cuatro ó cinco veces, en calidad de otros tantos destinos diferentes; se ha quedado en posesion de ellos y de las pensiones que disfrutaba.

Alguno por haber aceptado un empleo durante los Cien-dias, será considerado como indigno de conservarlo ahora, y otro habrá obrado del mismo modo y seguirá disfrutando lo mal adquirido.

Un funcionario público desciende del alto rango que habia conservado en tiempo de Bonaparte despues de haberlo recibido de Luis XVIII: castíganle; pero su vecino habia tal vez solicitado del usurpador el mismo rango, y no lo habia podido lograr. De manera que por haber sido despreciado de Bonaparte, goza en la actualidad del testimonio de una conciencia pura, de la gloria de haber permanecido fiel y de los favores del gobierno legítimo.

Los confederados han recibido la institucion real y un magistrado que en un tribunal oscuro prestó un miserable juramento tiene que sufrir todo el rigor de la purificacion.

Mas como todo en este mundo tiene su compensacion, algunos jueces realistas y algunos ciudadanos que se portaron con valor durante los Cien-dias, han perdido su empleo, y este ha sido ocupado por partidarios del usurpador: hasta tal punto se jactan de imparcialidad. Tampoco han ido separados hasta el presente de sus destinos algunos funcionarios designados por la opinion pública y lo único que se ha hecho es trasladarlos, acaso con ventajas de una provincia á otra.

Un sugeto, que no nozco, y que habia sido separado por efecto de las purificaciones, vino en cierta ocasion á pedirme un favor, y tuvo la candidez de decirme que un ministro le habia prometido volverle á colocar asi que *esta furibunda cámara* quedará disuelta. Admiré la grandeza de la Providencia, y dí gracias á Dios de que aquel honrado sugeto se hubiese dirigido á mi persona.

Estas semi-purificaciones prolongadas producen ademas otro mal: siembran la division en las provincias, y dan marjen á mezquinas rivalidades, enemistades secretas y denuncias. Cada cual esperando conseguir el empleo de su vecino, se da prisa á contar todo lo que este hace, y cuando nada de cierto puede decir, no repara en fraguar alguna calumnia. Si desde luego se hubiese dado un golpe general, originando de este modo una ámplia purificacion, todo el mundo se habria sometido y la vindicta pública habria quedado satisfecha. Quéjanse en la actualidad de las denuncias y no les falta razon ¿pero quién tiene la culpa? ¿No son por ventura las tergiversaciones y las providencias á medias el orígen de ellas? Preciso es saber lo que se quiere cuando se gobierna: mas hubiera valido decir: «No habrá purificacion» y sostenerse en ese plan que no decir que se adoptaba el sistema opuesto sin tener energía para adoptarlo, ni desecharlo enteramente.

CAPITULO XXXII.

DE LA SUPUESTA INCAPACIDAD DE LOS REALISTAS Y DEL SUPUESTO TALENTO DE SUS CONTRARIOS.

Por último, y esta es la postrera opinion que vamos á examinar, se supone que los realistas son incapaces; que no hay mas hombres de talento que los que se educaron en la escuela de Bonaparte, ó los producidos por la revolucion.

¿Fundan en alguna razon este aserto? en ninguna; mas eso no impide que lo consideren como un hecho demostrado. «Bien quisieramos, nos dicen emplear á los realistas; pero presentadnos hombres de ese partido que tengan capacidad para desempeñar cargos públicos: de lo contrario tendremos que valernos de sugetos que sirvieron á Bonaparte, pues solo estos son los que tienen talento.»

De este modo se vuelven á juntar los cabos de la cadena: los realistas no pueden ser útiles porque carecen de capacidad y de saber: luego es imposible llevar á cabo la purificacion, porque no se encontrarian personas aptas para el gobierno. Conviene por lo tanto captarse la voluntad de los hombres de talento de quienes necesariamente hay que echar mano para la administracion; no hay pues otro remedio que contemporizar con los intereses revolucionarios.

Propondré preliminarmente una cuestion. La mayor parte de los que han dirigido los asuntos en Francia desde la restauracion ¿eran realistas? Si me contestan afirmativamente, confieso que la opinion que condena por incapaces á los servidores del rey, no es sino demasiado cierta. Las faltas han sido enormes. Pero al menos habrá este pequeño consuelo: si la incapacidad es el carácter distintivo del realismo, preciso es convenir que se ha calumniado á ciertos funcionarios públicos, cuando se ha supuesto que no eran adictos á la monarquía: por mi parte los contemplo como los vasallos mas leales que en tiempo alguno han existido en la monarquía de san Luis.

Si contestan negativamente á la cuestion que he propuesto preguntaré si el modo con que la Francia ha sido gobernada durante estos dos últimos años prueba que los gobernantes procedentes de las filas de la revolucion son hombres de talento. ¿Podian los realistas; si hubiesen sido llamados á la direccion de los asuntos, haber obrado con mas desacierto? Ciertamente es digno de atencion que unos hombres que han caido al menor choque; que no han dado un paso sin tropezar; que han dejado volver de la isla de Elba á Bonaparte y á la nacion perecer en sus manos; digno de atencion es vuelvo á decir, que tales hombres se jacten de capacidad y hagan alarde de despreciar á los servidores del rey. Por otra parte ¿cómo podeis decir que los realistas son incapaces, no habiéndolos experimentado en los destinos? Vosotros, cuya administracion ha sido tan funesta no teneis derecho de juzgar desdeñosamente de los realistas sin haber puesto antes á prueba su capacidad. Tratad de probar lo que ellos valen y si se muestran mas ignorantes que vosotros; si cometen mas faltas que las que habeis cometido; entonces volvereis á empuñar las riendas del Estado y todos vuestros sistemas quedarán justificados.

Puede afirmarse un hecho, y es que, si antes de la época del 20 de marzo 1815, todos los funcionarios públicos hubiesen sido realistas, dado caso de no haber podido impedir el regreso del hombre de la isla de Elba, no habrian por lo menos sido traidores al rey, ni servido al usurpador durante los Cien-dias. Ochenta y tres prefectos, faltos de capacidad, si se quiere, pero haciendo una resistencia uniforme en todo el ámbito de la Francia, habrian llegado á ser muy incómodos á Bonaparte. En ciertos casos la fidelidad suple al talento asi como en La Fontaine el instinto de lo bueno hacia las veces del genio.

CAPITULO XXXIII.

PELIGRO Y FALSEDAD DE LA OPINION QUE NO CONCEDE HABILIDAD MAS QUE Á LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION.

Bien falso y peligroso sistema, segun desgraciadamente nos lo ha hecho ver la experiencia, es el que se empeña en no ver capacidad para gobernar el país sino en los hombres de la revolucion. Bonaparte, segun dijo mi noble amigo M. de Bonald, pudo formar hombres capaces para desempeñar el sistema administrativo, pero hombres de Estado, no. El comentario de esta hermosa observacion es el siguiente:

¿Qué es un ministro al lado de un déspota? Es un hombre que recibe órdenes, que las manda ejecutar dispensándose de examinar si son justas ó injustas, convenientes ó no convenientes, un hombre que no conoce mas que la arbitrariedad, ni emplea mas recurso que la fuerza.

Traspórtese ese ministro á una monarquía constitucional; véase en la precision de discurrir, de buscar medios, de hacer marchar el gobierno respetando todas las leyes, contemporizando con todas las opiniones y abriéndose paso por entre todos los intereses y aquel ministro que parecia tan grande, irá reduciéndose hasta parar quizás en una nulidad. Todos sus números, todos sus resultados positivos, todos sus datos estadísticos le faltarán á la vez. De nada le servirá saber cuantas cabezas de ganado hay en un departamento, ni la cantidad de cereales, gallinas y huevos que produce otra comarca: Smith y Malthus de nada le servirán. Asi que las combinaciones morales y políticas tengan que figurar de algun modo en la ciencia del gobierno, aquella sólida cabeza no hará mas que cometer errores, y aquel administrador eminente no aparecerá mas que como un tonto.

He visto á los corifeos de la tiranía desconcertados, llenos de asombro y como extraviados en medio de un gobierno libre. No teniendo nociones de los medios naturales que emplea esta clase de gobierno, la religion y la justicia, en todo querian substituir las fuerzas físicas al órden moral. Mucho menos idóneos para este órden de cosas que el último realista á cada paso se sentian detenidos por una mano invisible, y sin cesar tenian que estar luchando con una potencia desconocida. De esta oscilacion nacian sus malas leyes, sus sofísticos sistemas, y su oposicion á los verdaderos principios. El que fue esclavo no comprende la independencia; el impío nunca se halla bien al pié de los altares. No creamos que todos los hombres de la revolucion hayan conservado su funesto talento. La capacidad que tenian para el mal se ha inutilizado bajo un gobierno moral y concertado. No son, si asi puede decirse, mas que unos cadáveres en derredor del nuevo mundo que se ha desarrollado: nada vemos de ellos en torno nuestro mas que sus espectros, y las sombras de lo que fueron.

CAPITULO XXXIV.

EL SISTEMA DE INTERESES REVOLUCIONARIOS, PRODUCIENDO INDIRECTAMENTE LA DISLOCACION DE LA CARTA, AMENAZA DESTRUIR LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Creo haber demostrado que el sistema revolucionario no se apoya en mas que en principios erróneos; que siguiéndole necesariamente tiene que caerse en las herejías mas inconstitucionales, y que las medidas administrativas tomadas con arreglo á ese sistema han producido oposiciones, inevitable resultado de la falsa posicion en que se hallaban los hombres y las cosas.

Pero aun no he dicho lo bastante: hasta el presente no he considerado mas que la poca solidez del sistema: al presente me falta dar á conocer el peligro.

Desde luego conduce indirectamente á la dislocacion de la Carta; pues si como es de esperar seguimos teniendo diputados valerosos y libres, combatirán las máximas revolucionarias, y para desembarazarse de su importuno celo, no tendrán sus adversarios otro recurso que violar la Constitucion. ¿Qué es lo que no dicen los ministeriales al hablar de la ley fundamental, hasta en la tribuna? ¡Cómo se esplican! ¡Cómo la interpretan! ¡A qué estado la reducirian, si pudieren hacerlo! Y sin embargo aun tienen valor de decir que nosotros no somos constitucionales. ¡Acaso seré yo el que no quiere la Constitucion!

Aun cuando el sistema de los intereses revolucionarios no produjese mas daño que el destruir esa magnífica obra del rey, pienso, que el daño seria bastante enorme: pero sostengo que eso no es mas que uno de los principales medios que la faccion revolucionaria pone en accion para derribar otra vez la monarquía legítima.

Hablemos: ya ha pasado el tiempo de las consideranes. ¡Ojalá el porvenir desmienta mis predicciones! ¡Ojalá no tenga mi alarma mas motivo que el acendrado amor que profeso á mi rey y á tu augusta familia! Mas aunque deba yo atraer sobre mi cabeza todo el encono del partido, todo el furor de los intereses personales, tendré valor para decirlo todo. Si no es mas que una ilusion, el viento arrebatará mis palabras; si por el contrario lo que denuncio es verdaderamente una conspiracion, si ofrece en realidad un peligro, contribuiré á que los hombres de buena fe abran los ojos. Complot descubierto puede ya llamarse medio destruido: arrancad su máscara á las facciones y las privareis de gran parte de su fuerza.

CAPITULO XXXV.

EXISTE UNA CONSPIRACION CONTRA LA MONARQUÍA LEGÍTIMA.

Digo pues que existe una verdadera conspiracion formada contra la monarquía legítima.

No digo que esta conspiracion se parezca á un complot vulgar; que sea el resultado de las maquinaciones de un cierto número de traidores dispuestos á dar un golpe de mano, á intentar un rapto, un asesinato, ó que se confabulen para cualquiera otro atentado de este género: lo que únicamente digo es que existe una conspiracion, forzosa, si asi puede decirse, de intereses *morales* revolucionarios, una confederacion natural de todos los hombres que tienen que echarse en cara algun crímen ó alguna bajeza; en una palabra una conspiracion de todas las ilegitimidades contra la legitimidad.

Digo que esta conspiracion está obrando en todas partes y en todos momentos; que por instinto se opone á cuanto puede consolidar el trono, y restablecer los principios de religion, de moralidad, de justicia y de honor. Ella misma ignora el momento de su explosion que por diversas causas puede acelerarse ó tardar mas tiempo; pero está persuadida de tener un buen resultado. Entre tanto trabaja sin descanso en prepararlo, y toma su principal medio de accion *del sistema de los intereses revolucionarios.*

CAPITULO XXXVI.

DOCTRINA SECRETA OCULTA DETRÁS DEL SISTEMA DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS.

Detrás del sistema que afirman deberse seguir para seguridad del trono; y para la paz del Estado se ocultan los motivos secretos que lo han hecho adoptar, y la doctrina en cuyo triunfo se hallan empeñados.

Entre los hombres de cierto partido pasa por máxima indudable que una revolucion como la que Francia acaba de sufrir no puede terminarse sino mediante un cambio de dinastía, y otros mas moderados dicen, que basta un cambio en el órden de sucesion á la corona: me guardaré de entrar en detalles acerca de esta opinion criminal.

¿A quién quieren colocar en el trono en lugar de los Borbones? No están acordes sobre este particular; pero todos convienen en la *necesidad* de destronar á la familia legítima. Citan el ejemplo de los Estuardos: la historia anima sus intenciones. Sin el cadalso de Carlos I no habria visto la Francia el de Luis XVI: ¡Mezquinos imitadores, hasta en el crímen habeis sido plagiarios

¿Cómo podré probar que tan abominable doctrina se halla envuelta en el velo del sistema de los intereses revolucionarios?

No necesito mas que fijar una mirada en los folletos y periódicos de los Cien-dias.

He leido escritos que han llamado tambien la atencion de otras personas, en los cuales nada queda entre sombras, todo se revela, hasta el nombre. En la espansion de los festines, ó en el calor de la discusion, que puede tambien pasar por embriaguez de un género particular, la franqueza y el atolondramiento han vendido no pocas veces sus secretos.

Mas aun cuando para convencerme faltaran pruebas directas, no tendria necesidad de nada mas que de fijar la vista en lo que *sucede en mi alrededor*: por todas partes veo un sistema uniforme, cuyos detalles se enlazan y coordinan entre sí: fuerza es pues confesar que tanta regularidad no puede ser obra del acaso: de las consecuencias me elevo á los principios y llegó por fin á conocer el carácter de la causa.

Señalemos el objeto que se proponen y sigamos los pasos de la conspiracion.

CAPIUULO XXXVII.

OBJETO Y MARCHA DE LA CONSPIRACION. — DIRIGE SUS PRINCIPALES ESFUERZOS CONTRA LA FAMILIA REAL.

Lo que yo caracterizo con el nombre de conspiracion de los intereses morales revolucionarios se propone por objeto principal el cambio de dinastía; y por objeto secundario imponer al nuevo monarca las condiciones que le quisieron hacer adoptar al rey en Saint-Denis: adoptar la escarapela tricolor; reconocerse rey por gracia del pueblo, y volver á llamar el ejército del Loire y á los representantes de Bonaparte, si estos existian aun cuando ocurriera ese suceso. Este proyecto, que nunca ha sido abandonado, va á presentarse con toda latitud por la observacion de los hechos que acaecen á nuestra vista.

Ya es cosa convenida que se hablará del rey en el mismo tono que podrian usar los realistas: se reconocerán en él esas altas virtudes y esos superiores talentos que tan conocidos son de todo el mundo. El rey, que tan ultrajado ha sido durante los Cien-dias, se ha convertido en justísimo objeto de alabanza por parte de aquellos que tan villanamente le vendieron, y que están prontos á venderlo otra vez.

Mas estas demostraciones de admiracion y de amor no son mas que paliativos del ataque dirigido contra la familia real. Para eso afectan temer la ambicion de los príncipes, que en todos tiempos se han mostrado como los mas sumisos y leales de todos los vasallos. Se habla de la imposibilidad de gobernar constitucionalmente existiendo *diversos centros* de poder. Se aleja del consejo á los príncipes: se ha llegado hasta el punto de suponer que podria haber inconvenientes en dejar al hermano del rey el mando supremo de la guardia nacional del reino, y se ha tratado de limitar y poner trabas á su autoridad. Monseñor el duque de Angulema ha sido propuesto para protector de la universidad, como una especie de príncipe de la juventud; esto seria un medio de enlazar en cierto modo las generaciones nacientes con una familia que apenas les es conocida: seria un motivo de afeccion y entusiasmo por parte de la juventud: nada podria hacerse mas eminentemente político que dar por tutor á la juventud el príncipe que con el tiempo habia de ser su rey. ¿Se aprobará este plan? No lo espero.

La razon de la negativa es fácil de descubrir: la faccion que ejerce su influencia sobre unos ministros fieles y leales, pero que no ven el precipicio hácia que les empujan, esa faccion quiere cambiar la dinastía, y por lo tanto se opone á todo lo que pueda estrechar las relaciones de la Francia con sus legítimos soberanos. Teme que la famila real se arraigue demásiado; no procura sino aislarla y separarla de la corona; para eso hace alarde de decir y no se cansa de repetir, que los asuntos podrán irse sosteniendo en tanto que el rey viva; pero que apenas cierre los ojos, el país tendrá que sufrir una nueva revolucion; de esta manera acostumbran al pueblo á considerar el estado actual de cosas como transitorio. Préstase cualquiera con mas facilidad á derribar lo que no cree que puede ser de larga duracion.

Asi como procuran quitar todo mando á los herederos de la corona, se afanan tambien; pero en vano, por arrebatarles todo el respeto y veneracion de los pueblos; se calumnian sus virtudes: los periódicos extranjeros son los encargados de esta mision por medio de oficiosos corresponsales. Pero ¿por ventura no hemos visto estampadas en la misma prensa francesa las cosas mas inconducentes y estrañas? ¿Contra quién se dirigen los periódicos al dar publicidad á las intrigas de algunos subalternos? ¿Si no tratan de comprometer mas que á estos, merecen acaso ocupar la atencion de la Europa? Si se relacionan por algun punto con ciertos nombres ilustres, ¿qué singular interés hay en darlos á conocer? Los que no quieren libertad de imprenta convendrán por lo menos en que esta libertad en cuestiones tan embarazosas daria una respuesta, sino satisfactoria, por lo menos sin réplica.

Aprendamos á distinguir los verdaderos realistas de los falsos: los primeros son los que nunca establecen separacion entre el rey y su familia; los que confunden á estas augustas personas en un mútuo amor; los que obedecen con placer al cetro del primero, y no se muestran recelosos de la influencia de los príncipes. Los falsos realistas son los que aparentando idolatrar al monarca, declaman contra los príncipes de su sangre los que se empeñan, permítaseme la espresion, en plantar la flor de lis en medio de un desierto, y aislar su tallo, arrancando todos los vástagos que brotan de sus raices.

En tiempos normales, cuando todo está tranquilo, cuando ninguna tempestad ha conmovido la autoridad de la corona, se podrian establecer algunas máximas sobre la parte que puede caber á los príncipes en el gobierno; pero cualquiera que despues de tantas desgracias y de tantos años de usurpacion, no comprende, la necesidad de multiplicar los vínculos entre los franceses y la familia real, y de adunar los pueblos y sus intereses con los descendientes de San Luis; cualquiera que aparenta temer por el trono mas á los herederos de este que á sus enemigos declarados, es un hombre que camina á ciegas, ó aparenta esa marcha para pasarse al campo de la traicion.

CAPITULO XXXVIII.

LA CONSPIRACION SE VALE DE LOS INTERESES REVOLUCIONARIOS PARA COLOCAR Á SUS AGENTES EN TODOS LOS DESTINOS.

Atacar á la familia real por todos los medios; tener siempre en perspectiva una calamidad que todo buen ciudano alejaria á costa de su vida, y que se lisonjea de nunca llegar á ver; esperar como consecuencia de esa degracia el destierro perpétuo de los príncipes; adormecerse y dispertar con tan abominables esperanzas; hé aquí el plan que la secta enemiga recomienda eficazmente á sus adeptos.

En seguida hace los mayores esfuerzos por sostener, dilatar y propagar el sistema de los intereses revolucionarios: á los tímidos la presenta como único puerto de salvacion, á los estúpidos como una inspiracion del genio, y á los incautos como poderoso medio de consolidar el trono.

Para que este sistema llegue á cimentarse completamente, esperan los revolucionarios hallarse al frente

de todos los empleos en el momento de la catástrofe. Hallándose entonces las diversas autoridades afectadas por unos mismos intereses, el cambio se verificará como el 20 de marzo, de comun acuerdo, sin resistencia, sin hacer un disparo. ¿Qué puede costarles á semejantes hombres el volver la espalda á sus legítimos dueños? ¿No abandonaron al mismo Bonaparte? ¿En el espacio de algunos meses no han tomado, dejado, y vuelto á tomar la escarapela blanca y la tricolor? El paso de un correo de gabinete por su departamento les hacia mudar con tanta facilidad el color de la escarapela como las intenciones del corazon. Ved con que admirable candidez os cuentan que firmaron al acta adicional: ningun mal hicieron, son tan inocentes como Abel. Ellos han escrito abominables calumnias contra los Borbones: ellos los han insultado por medio de proclamas demasiado conocicidas... pero ahora van muy serenos á besar la mano á esos mismos Borbones ¡con sus proclamas en el bolsillo! Reparad como sin arrugar la frente hablan de monarquía, de lealtad, y de adhesion; no parece sino que salen de los bosques de la Vandee y que acaban de llegar del campo de Mayo. Perfectamente hacen supuesto que cada vez que han tenido ocasion de violar un juramento han tenido un nuevo ascenso en su carrera. Si la edad de los ciervos puede contarse por el duro ramaje de su frente, los juramentos que un hombre ha violado tambien pueden calcularse por los nuevos destinos ó ascensos que ha tenido.

Pero en vano creeis que serian adictos á vuestras instituciones aun cuando les confiarais de una vez todos los empleos de la nacion. Tened entendido que no los solicitan sino para perderos nuevamente como antes del 20 de Acario. Ya empiezan á jactarse del próspero resultado de sus maquinaciones; ya se presentan con insolencia, y no pueden moderar su alegría al ver desarrollarse con tanta felicidad el sistema de los intereses revolucionarios.

«Si os vendimos, dicen los tales sugetos, es porque »no nos disteis mas que las tres cuartas partes de los »empleos. Dadnoslos todos y os seremos fieles.» ¡Aumentad la dosis del veneno y en vez de mataros os dará la salud! Y hay titulados realistas que sostienen tan monstruoso absurdo. Todo lo que acerca de estos puede decirse es que fueron realistas, pero que ya no lo son.

CAPITULO XXXIX.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

La faccion solicita, pues todos los puestos en todos los ministerios y consigue mas ó menos buenos resultados. Declamó enardecidamente contra la inamovilidad de los jueces. virtuosos jacobinos que no pueden ya ser separados de sus destinos, porque son hombres muy útiles; pues en tanto que custodian con toda seguridad el fuego sagrado, alargan la compasiva diestra á sus hermanos.

En el ramo de hacienda y en sus dependencias se ha sostenido con todo vigor el sistema de los intereses revolucionarios. Hay empleado que ha vuelto á la misma ciudad donde se dió demasiado á conocer durante los Cien-dias. ¿Qué pensará la gente del campo al volver á ver á ese hombre? Que tenia mucha razon cuando les anunciaba la catástrofe del 20 de marzo antes de los Cien-dias, y que indudablemente la tiene aun cuando al hablar con ellos sigue usando la conocida frase: *Cuando* EL OTRO *volverá.*

En el ministerio del interior los intereses revolucionarios sufrieron por de pronto una derrota. Cundió la alarma: causó miedo el impulso realista comunicado á las prefecturas, y el partido concentró sus fuerzas: desde luego suscitó un obstáculo á los nombramientos y á las destituciones demasiado esplícitas, haciendo que se sometieran al exámen del consejo de ministros; de manera que el encargado del ministerio de justicia puedo nombrar gefes superiores militares, y el ministro de la guerra magistrados civiles.

Si se adoptara tan estravagante responsabilidad para todos los ministerios, lo mejor que podria hacerse es soltar la risa; pero no tiene aplicacion mas que para los ministros tildados de realismo. Los que son conocidos por sus sinceras simpatías por el sistema de los intereses revolucionarios tienen plena libertad de colocar á los aspirantes que sean sospechosos, y destruir á los empleados que sean adictos.

Ni aun con esos arreglos se dió por seguro el partido; por último consiguió derribar al ministro y entonces reverdecieron sus esperanzas. Lisonjeáronse además de hacer perder al realismo todo el terreno que habia ganado en esta parte de la administracion. La guardia nacional se ha visto atacada. A estas horas varios prefectos *demasiado realistas* han sido, unos destituidos y otros amenazados. No se descuidarán de ir quitando de todos los puestos á los amigos del trono, si llegan á conseguir la fortuna de disolver la cámara de los Diputados, y hay necesidad de volver á hacer nuevas elecciones, en tal caso le será muy facil al partido dirigir y desplegar su influencia en los colegios electorales.

CAPITULO XL.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Con dificultad los demas ministros conocidos por su adhesion al trono, pueden conservar sus puestos, pero contra ninguno tiene mas rencor la faccion que contra el de la guerra: no es fácil que le perdonen su noble adhesion, ni mucho menos el haber organizado una escelente gendarmería, y un ejército que arde en deseos de derramar la sangre por su rey. Preciso es por lo tanto que los conspiradores hagan un postrer esfuerzo por destruir esa obra que inutilizaria todos sus planes. Si por de pronto no es fácil quitar á ese ministro la cartera, por lo menos se puede acometer el plan de desprestigiarlo en el concepto del partido realista, obligándole á que conceda *gratificaciones*, haga algunas destituciones inoportunas y desatinados nombramientos. Al mismo tiempo se procura hacer revivir el ejército del Loire: mucho apreciamos el valor de ese ejército, pero guardémonos bien de volver á darle el poder, de que tanto ha abusado El ejército de Carlos VII se retiró tambien á las orillas del Loire; pero Lahire y Dunois combatian por las flores de lis y Juana de Arco salvó á Orleans tan en nombre del rey como en nombre de la patria.

CAPITULO XLI.

LA FACCION PERSIGUE Á LOS REALISTAS.

La faccion se va apoderando de este modo de todos los destinos; si se ve acosada, retrocede lentamente; si ve un momento propicio, avanza con rapidez y se aprovecha tanto de nuestras faltas, como de sus victorias. Hipócrita y audaz, no predica mas que moderacion, olvido de lo pasado, y perdon de las injurias, en tanto que sus acciones están revelando la animosidad y la violencia. Al mismo tiempo que sostiene á sus amigos, que los eleva al poder y los coloca donde puedan serle útiles en el momento crítico, desanima, calumnia, insulta y persigue á los realistas, á fin de que no le sirvan de obstáculo en su marcha.

Hasta ha llegado á inventar una nueva gerga para la realizacion de sus planes. A los sugetos que antes de la revolucion calificaba con el epíteto de *aristócratas*, en la actualidad los llama *ultra-realistas*. Los periódicos extranjeros, pagados ó sugeridos por ella, no emplean para espresar esta clase de sugetos mas que

la palabra *los ultra*. ¿Luego nosotros somos los *ultra*, nosotros, los tristes herederos de aquellos aristócratas, cuyas cenizas descansan en Picpus ó en el cementerio de la Magdalena? Por medio de la policía, la faccion ha llegado á dominar en la prensa periódica y se burla impúnemente de aquellos á quienes no es permitido defenderse. La gran frase de moda es que *no se debe ser mas realista que el rey*. Esta frase no es invencion de la actualidad: estuvo ya en voga en tiempo de Luis XVI, y encadenó las manos de los vasallos leales no dejando en libertad mas que las del verdugo.

Si los realistas tratan de reunirse para conocerse entre sí, ó para buscar abrigo contra la coalicion de los perversos, la faccion halla medios para dispersarlos. No faltan autoridades que establecen esta abominable máxima: es preciso proscribir á un príncipe bueno que produce funestos resultados, como se proscribiria á un príncipe malo. Ensañáos, pues, contra la virtud, porque en general todo lo que emprende en este mundo se convierte en su propia ruina. El realista queda identificado con el jacobino, y por una equidad digna ciertamente de este siglo, la justicia consiste en que la balanza guarde su equilibrio entre el crímen y la inocencia, entre la infamia y el honor, entre la traicion y la lealtad.

CAPITULO XLII.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

La adhesion es eterno objeto de befa por parte de esos hombres que no temerian el castigo inventado para los infames por los antiguos germanos: hubiéranlos sepultado en el cieno, y allí los habrian dejado morir como en su propio elemento. Al viaje de Gante le dan el nombre de *Viaje sentimental*. Esa bufonada habrá salido del cerebro de alguno de esos ajentes, que siempre llenos de lealtad (á su destino, se entiende) sirvieron durante los Cien-dias y antes y despues de este período; del cerebro de alguno de esos honrados funcionarios, bien pagados hoy por Luis XVIII que aplaudieron de todo corazon al sentimental viajero de la isla de Elba, y cuyo regreso de Santa Elena esperan con impaciencia.

Id á proponer á esos leales funcionarios algun soldado del ejército de Condé. «Nosotros no queremos, os responderán, sino hombres que hayan saludado á balazos á los aliados.» Tanto quisiera por mi parte á los que han saludo á balazos á los bonapartistas.

En la misma línea colocan á Rochejaquelin cayendo al grito de viva el rey sobre el campo regado aun con la sangre de su ilustre hermano que al oficial que mordió el polvo en Waterloo vomitando blasfemias contra los Borbones.

Conceden la cruz de honor al soldado que combatió en esta jornada, y el voluntario que abandonó su hogar para seguir á su rey, no consigue sino con dificultad la pequeña cruz que á su interesante lealtad prometieron en Alost. De modo que mientras se cumplen literalmente los decretos de Bonaparte, fechados en mayo de 1815 en las Tullerías, apenas se reconoce la autoridad de las reales órdenes firmadas por la misma época en Gante. Pagáse puntualmente al oficial, caballero de la Legion de honor, que se halla á medio sueldo, y convenimos en que esta puntualidad merece elogio; pero entre tanto el caballero de la órden de San Luis, encorbado de años, tiene que andar mendigando una limosna, y se considera por muy feliz cuando alguno le compra una mala capa que encubra su desnudez, ó se le proporciona una papeleta para que las hermanas de la Caridad tomen á su cargo el cicatrizar antiguas heridas tan descuidadas como los intereses de la antigua monarquía, por cuya causa las recibió. Finalmente, el no haber servido á Bonaparte puede pasar por una tontería, por una falsedad, ó por un crímen. Si quereis buscar colocacion para un jóven, no digais que se libró de la conscripcion sacrificando parte de su fortuna; que ha tenido que andar errante, perseguido, ó que prefirió las prisiones á tener que prestar su brazo al usurpador; no digais que no ha prestado ningun juramento, ni aceptado un empleo, ni que se ha conservado puro y sin mancha para su rey, ni que le ha acompañado en su última retirada aventurándose á tener que sufrir un eterno destierro.., Nada de eso digais, pues todo eso no es mas que un nuevo motivo de esclusion. «Si ese jóven no ha servido, os contestaran friamente; nada puede saber.» Sabe conservar su honor. ¡Pobre ciencia! El siglo está ya mas avanzado que todo eso.

Mas para indemnizaros de esa negativa, proponed á otros que no haya tenido inconveniente en aceptar cuanto le hayan ofrecido desde la alta dignidad de *Porta-capa* hasta la de pinche de la cocina imperial: hablad en favor de ese hombre, ¿qué pretendeis?

Elejid en la magistratura, en la administracion, en el ejército: cien testigos declararán en favor de vuestro protejido: cien testigos declararán haberle visto velar en las ante-cámaras con un valor á toda prueba. ¿No solicita mas que una decoracion? eso es muy justo. Pronto, venga un caballero que le dé el espaldarazo: poned en su pecho la cruz de San Luis: el hombre es prudente; si se vé en un compromiso ya tratará de meterla en el bolsillo.

Era muy fácil que vuestro recomendado hallase colocacion: no tenia mancha alguna. Acaso vacilariais en recomendar á otro que durante los Cien-dias pisoteó su cruz de San Luis; pero no desmayeis por esa circunstancia: eso no es mas que una pura bagatela, un esceso de energía, efecto de un carácter arrebatado que á manera de un vino demasiado generoso se irá sentando con el tiempo.

Cierto hombre fue durante los Cien-dias escritor de los *osarios* de la policía: désele una pension: preciso es alentar á los hombres de talento. Otro pasó á Gante con peligro de su vida con objeto de ofrecer al rey dinero y soldados: este tal solicita un insignificante empleo en su aldea: dádselo al aduanero que hizo fuego contra este *ultra-realista* al pasar la frontera.

¿No habeis podido lograr el nombramionto para ese magistrado? ¿Pues qué, no sabeis que estaba prometido á un sacerdote casado? Un ex-prefecto habia prevaricado en su destino: se le habia instruido sumaria, se suspende posteriormente ¿por qué? porque el resultado de la sumaria seria un impedimento para volverlo á colocar.

¿Dónde están vuestros certificados? le dirán á uno de los mejores realistas que humildemente pretenderá quizás uno de los mas mezquinos empleos, despues de veinte y cinco años que está padeciendo por el rey, despues de haber perdido su familia y sus bienes por tan noble causa. ¿Cuenta el pretendiente con recomendaciones de los príncipes, ó acaso de aquella misma princesa, cuya menor palabra debe ser un oráculo para cualquiera que renozca el poder de la virtud, del heroismo ó de la desgracia? Pues esas recomendaciones no son títulos suficientes. Se presenta un bonapartista: las frentes se desanublan: los certificados *estaban en la policía*, y se perdieron cuando ocurrió la caida de Mr. Fouché. Es desgracia; pero le creen por su palabra. «Entrad amigo: ahí teneis vuestro nombramiento.» En el sistema de los intereses revolucionarios, jamás se despacha con bastante brevedad á un pretendiente que haya figurado durante los Cien-dias. Que vaya, que vaya con el corazon aun palpitante por la negra perfidia que acaba de cometer á profanar el palacio del legítimo soberano, como en otros tiempos la impúdica Mesalina manchaba el tálamo de los Césares con las inmundicias del lupanar.